

HELIÓPOLIS

ERNST JÜNGER

HELIÓPOLIS

VISIÓN RETROSPECTIVA
DE UNA CIUDAD

Traducción de
Marciano Villanueva

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Heliopolis. Rückblick auf eine Stadt*

© Klett-Cotta - J.G. Cotta'sche Buchhandlung
Nachfolger GmbH, 1949, 1980

© de la traducción, herederos de Marciano Villanueva,
a quienes la editorial reconoce la titularidad de los derechos
de reproducción y su derecho a percibir las retribuciones
que pudieran corresponderles

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Revisión de la traducción: PÁGINA INDÓMITA
Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Ilustración de cubierta: El Lisitski
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: noviembre de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-6-6
Depósito legal: C-1801-2016

PRIMERA PARTE

REGRESO DESDE LAS HESPÉRIDES

La habitación, mecida por un suave balanceo, sacudida por un sutil temblor, se hallaba sumida en la oscuridad. En el techo giraba en remolinos un juego de líneas luminosas. Plateadas chispas se desparramaban, temblorosas y deslumbrantes, para reencontrarse a tientas y volver a fundirse en las ondas. Emitían óvalos y círculos de luz, que palidecían en los bordes hasta que retornaban a su origen, ganaban luminosidad y acababan siempre por desaparecer como verdes relámpagos, tragados por la oscuridad. Las ondas tornaban una y otra vez, se alineaban en suaves secuencias. Se entrecruzaban para formar dibujos que ora se acentuaban ora se difuminaban, cuando crestas y senos se fundían. Pero el movimiento creaba sin cesar nuevas imágenes.

Las figuras se sucedían como en un tapiz que se desenrolla en tirones incesantes y luego vuelve a quedar oculto. Siempre cambiantes, nunca repetidas, se parecían sin embargo entre sí como llaves de cámaras secretas o como el motivo de una obertura que se va entretejiendo en la acción. Mecían los sentidos. Un suave rumor marcaba su ritmo y traía el recuerdo del choque de lejanos rompientes y del ritmo de remolinos junto a los acantilados. Resplandecían las escamas de los peces, un ala de gaviota cruzaba el aire salado, las medusas extendían y replegaban sus umbelas y se balanceaba al viento un cocotero. Se abrían a la luz las madreperlas. En los

jardines marinos flotaban algas pardas y verdes, los purpúreos penachos de las anémonas. La fina arena cristalina de las dunas formaba pequeños torbellinos.

Luego surgió una imagen definida: un navío se deslizaba lentamente sobre el cielo raso. Era un *clipper* de verdes velas, y las olas se movían como nubes a lo largo de la quilla. Lucius siguió con la mirada su ondulante curso. Le gustaba este cuarto de hora de artificial oscuridad en la que la noche se prolongaba. Ya de niño solía permanecer así, acostado en un pequeño dormitorio, con la ventana cerrada por la espesa cortina. Sus padres y maestros no veían con agrado esta costumbre; deseaban educarle en el activo espíritu del castillo, donde la gente se levanta a toque de trompeta. Pero pudieron comprobar que aquella inclinación hacia mundos cerrados y soñados no dañaba su espíritu. Se contaba entre el número de los que se levantan tarde pero están a punto a la hora establecida. El trabajo fluía en sus manos con alguna mayor ligereza y facilidad cerca del centro, donde las órbitas son menores. La inclinación a la soledad, a la quieta contemplación y meditación en los profundos bosques, en la orilla del mar, en las cumbres o bajo los cielos del sur, era un don que más bien le daba fortaleza y una tenue aura de melancolía. Así fue él hasta la segunda mitad de su vida, ya en sus cuarenta años de edad.

El verde velero desapareció de la vista; en su lugar surgió, también invertido, un rojo petrolero, viejo modelo del mundo de las islas. En la proximidad del puerto aumentaba el número de barcos. Una estrecha rendija del ojo de buey hacía incidir las imágenes y las invertía al igual que en un gabinete donde se representa el curso del mundo como en un modelo y se le acepta como simple espectáculo.

El *energeion* había calentado ya el agua del baño. Todavía seguía vivo su plancton, cuyo fulgor aumentaba la temperatura. Al chocar con los azulejos, brillaban minúsculas olas; también el propio cuerpo de Lucius parecía cubierto de suave luz, de pátina fosforescente. La flexión de las articula-

ciones, los pliegues y los contornos parecían siluetados con mina de plata. El vello, bajo las axilas, brillaba con un verde musgoso. De vez en cuando, Lucius movía piernas y brazos, que despedían entonces un nuevo fulgor. Contemplaba, como si se estuvieran formando en el seno materno, las uñas de los dedos de manos y pies, la red de las venas y arterias, las armas en el anillo de la mano izquierda.

Un toque de trompeta anunció finalmente los preparativos del desayuno. Lucius se levantó; un suave brillo salpicó las paredes. Apareció a la vista un reducido cuarto de baño, con una bañera incrustada y un lavabo de porcelana. La piel había enrojecido vivamente al contacto de la sal marina; eliminó las marcas bajo la ducha de agua dulce. Luego se envolvió en el albornoz y se dirigió al lavabo.

El fonóforo se hallaba entre los objetos sacados del neceser. Lucius lo tomó y giró con el pulgar el pequeño disco de las conexiones fijas. Inmediatamente, en la oquedad en concha del pequeño aparato, se dejó oír una voz:

—Aquí Costar. A sus órdenes.

Siguió el informe, tal como lo prescriben las ordenanzas de las travesías marinas: longitud y latitud, velocidad del barco, condiciones químicas, temperatura del aire y el agua.

—Está bien, Costar. ¿Ha preparado el uniforme?

—Sí, mi comandante. Le espero al lado.

Lucius marcó una segunda cifra y sonó otra voz, más clara:

—Aquí Mario. A la orden.

—*Buon giorno*, Mario. ¿Está el coche preparado?

—El coche está listo y bien revisado.

—Espéreme a las once y media en el muelle del Estado; el barco atracará puntualmente.

—A la orden, mi comandante. Se dice que hay desórdenes en la ciudad. Las tropas de vigilancia han sido puestas en estado de alerta.

—¿Cuándo no hay desórdenes en la ciudad? No se salga del Corso y solicite un hombre de escolta.

Lucius cubrió su rostro con blanca espuma y giró la lámpara para recibir más luz. Luego deslizó sobre las mejillas y el mentón la fina rejilla de hojas curvadas. Como siempre que se afeitaba, surgieron agradables recuerdos. Veía las blancas amonitas en la rojiza roca y sentía la vieja seguridad del castillo de Jaspe. Pensaba también en los paseos con su maestro Nigromontano, por la orilla del río, y en las flores, que cambiaban con las estaciones. En cada recodo, el rojo castillo brillaba a nueva distancia. Debería haberse quedado allí para siempre. ¿Qué es lo que nos impulsa a abandonar esos lugares?

Resonó un segundo toque de trompeta; los pasajeros se dirigían al comedor. Lucius se estaba retrasando. Abrió la puerta de la cabina; Costar había extendido la ropa sobre la cama y le ayudó a vestirse. Le entregó primero la ropa interior, tejida de seda verde claro. El uniforme era algo más oscuro, de un verde mate, adornado en los bordes con un estrecho cordoncillo de oro. Era el uniforme de los cazadores montados, que Lucius volvía a vestir desde hacía poco, tras haber pasado largos años dedicado a los estudios y los viajes. En esta tropa venían sirviendo desde los viejos tiempos los hijos del país de los Castillos. Se la consideraba de absoluta fidelidad y proporcionaba los correos encargados de transmitir noticias y cartas secretas. Sus oficiales figuraban en el séquito de los mariscales y los procónsules; en todo Estado Mayor había siempre dos o tres cazadores verdes cerca de la púrpura. Eran confidentes de importantes secretos y, con frecuencia, portadores de mensajes decisivos. En estos tiempos del interregno, su cuerpo, aunque escaso en número, actuaba como elemento de cohesión que mantenía unidos los puestos de mando.

Costar procedía de una de las familias que se habían establecido desde los primeros tiempos a la sombra del castillo. Los segundones de estas familias se hacían marinos o soldados, a no ser que buscaran fortuna en las ciudades o se ganaran el pan en los conventos, como hermanos legos. Solo muy tarde, o nunca, regresaban a las musgosas cabañas, donde

siempre había un lugar esperándolos. Dondequiera que se asentaran como hermanos auxiliares, eran siempre hombres dignos de confianza. También hoy Lucius se sentía conmovido viendo cómo Costar le miraba con ánimo tenso, cómo se esforzaba por darle cada prenda en el momento exacto en que la necesitaba. Tras haber colocado el micrófono en el bolsillo del pecho de Lucius y haberle frotado con un paño la última mota imaginaria de botones y espuelas, retrocedió y pasó atenta revista a su obra.

A Lucius le agradaba este celo por las cosas pequeñas; lo consideraba una de las señales inconscientes en las que el orden se afirma como un instinto superior. También sentía el amor que había en estos gestos. Su mirada se posó con benevolencia en Costar, quien, con una muda inclinación, dio a entender que su aspecto era impecable.

En el comedor del *Aviso Azul* reinaba la viva excitación que caracteriza el último día de un crucero por mar. Con suave zumbido, los ventiladores distribuían aire frío y aromatizado; de los reguladores de ambiente se desprendían crepitantes chispas. Al murmullo de las voces de la estancia, animada por el sol matutino y el reflejo de las olas, se añadían el tintineo de la vajilla y los pedidos que los camareros, por los montaplatos, cantaban melódicamente a la cocina.

Tras los saludos, Lucius se dirigió a su puesto, junto a la ventana. El color de las olas era todavía el de alta mar, de un opaco azul cobalto. De vez en cuando, empujados por la quilla de la nave, ascendían cristalinos remolinos. En su vibración, que trazaba dibujos de mármoles y flores, cobraba vida la tonalidad del mar. Las blancas burbujas resplandecían como racimos de perlas en oscuras monturas.

—Aquí puede comprenderse a Homero cuando habla del vinoso mar. Hasta las más osadas imágenes parecen justificadas. ¿No es verdad, comandante?

Así preguntaba un hombrecillo de aspecto de gnomo que, encaramado en su silla, frente a Lucius, había seguido su

mirada. Tenía una figura contrahecha y un rostro envejecido y amargado, a pesar de su expresión de infantil asombro. Vestía con negligencia un traje gris en cuyas solapas se veían dos martillos cruzados, tallados en lapislázuli. Sostenía en la mano derecha un lápiz con cuya punta había ido siguiendo las líneas de un cuaderno de apuntes. Ante su plato aparecía el fonóforo de los universitarios.

—*Comme d'habitude* —pidió Lucius al camarero que se había acercado a su silla por detrás.

—*Comme d'habitude* —repitió este, y se oyó cantar por el montaplatos—. *Le déjeuner pour le commandant de Geer.*

Entonces Lucius se dirigió al hombrecillo de aspecto de gnomo y respondió a su pregunta con otra:

—¿A qué se debe, señor consejero de minas, que el mar solo despliegue sus más bellos colores en presencia de un cuerpo extraño, quiero decir, cerca de las costas, en las grutas o en la estela de los navíos y los animales marinos?

—Como discípulo predilecto de mi venerado maestro Nigromontano, usted debería saberlo mejor que yo. En su teoría sobre los colores tiene que encontrarse con toda seguridad algún pasaje dedicado a la influencia de las blancas islas sobre los contornos polícromos.

Lucius podía, desde luego, añadir detalles al tema: se despertaron en él los recuerdos de viejas conversaciones.

—Si la memoria no me engaña, Nigromontano relacionaba este influjo con una de sus ideas predilectas, la realeza del color blanco. En su proximidad aumenta la significación de la paleta, del mismo modo que el rey confiere rango y sentido a la nobleza. El blanco da fondo a todos los juegos de colores, también en la pintura. La perla es tan preciosa porque en ella se hace palpable y visible esta verdad. El maestro tocó una vez este tema cuando estábamos contemplando una pareja de pinzones rojos en un bosque nevado.

—Bien, comandante. Veo que no ha soñado. Volviendo a la presencia de un cuerpo extraño, podría decirse que la materia es comparable a un fruto cerrado, cuya belleza interna no

puede contemplarse si algo exterior no lo corta como un cuchillo. Solo la talla descubre los secretos dibujos ocultos en las piedras preciosas. Debería ver usted mi colección de ágatas.

—Si le he comprendido bien, señor consejero de minas, ¿la belleza sería siempre el resultado de una herida?

—Podría decirse así, porque la belleza no se da en lo absoluto. Habría, pues, que adentrarse en la metafísica del sufrimiento. Pero no lo haga; cosecharía aplausos que no serían de su agrado. Se hallaría usted cerca de aquella época que contemplaba el proceso desde la otra vertiente y sospechaba que en estas adversidades se despliega la plenitud de la materia. Esta responde a todas las llamadas, y con mayor riqueza cuanto más suavemente suenan. Para cada llave, hay dispuesta una cámara del tesoro. Entre estas llaves se encuentra también la luz, como usted sabe por la teoría de las superficies de Nigromontano.

—Lo recuerdo muy bien. En sus excursiones geológicas le gustaba recurrir a la imagen de la sección, y pensaba que el universo, tal como se ofrece a nuestras miradas, solo presenta una sección de entre las infinitas miríadas posibles. El mundo sería como un libro, de cuyas infinitas páginas vemos tan solo la única que está abierta.

»También solía decir que, cuanto más fina es la sección, mayor enseñanza proporciona. Podría conseguirse tal grado de finura que permitiera barruntar que la superficie se identifica con la profundidad, lo mismo que el segundo con la eternidad. Ponía como ejemplos la suave irisación de los vidrios antiguos, las burbujas de jabón y el tornasol de arco iris que deja el petróleo en los charcos. En ningún lugar es el mundo tan policromo como en las más delgadas películas, señal de que su riqueza tiene su sede en lo inextenso. Yo habría entendido mucho mejor estas cosas si me hubiera juzgado digno de recibir las lecciones de las dos disciplinas afines: la teoría de la nada y la del Eros, en las que estaba trabajando por aquel entonces. Pero yo era demasiado niño, y luego ha corrido la noticia de que Nigromontano ha inser-

tado la primera, escrita en clave, en algunas partes de su *Hipótesis de toda física posible*, mientras que la segunda se ha perdido en su totalidad.

Una sombra cruzó el rostro de Lucius. El consejero de minas, que había ido tomando algunas notas en su cuaderno, sonrió:

—No por eso habría hecho usted menos tonterías, comandante. Los maestros como Nigromontano enseñan las metas, pero no los caminos. En el fondo, todo camino lleva a la meta. Por lo demás, respecto de la teoría del Eros, he hablado con adeptos que la han conocido; con Fortunio, por ejemplo, cuando me visitó en las minas de Falun.

Se detuvo y reflexionó, como si buscara un nombre:

—O tal vez fue en los pozos de Schneeberg. Es igual. Lo cierto es que Nigromontano aplicaba también al amor su distinción entre profundidad y superficie. Le diré más cosas sobre el tema si viene a visitarme a mi refugio para ver mi colección de ágatas.

Al pronunciar estas palabras miró con precaución a su alrededor. Los otros dos vecinos de mesa estaban sumergidos en su propia conversación. Pero había aparecido el camarero, que traía las frutas que abrían el desayuno.

El consejero de minas se sumió en sus notas. Mientras trazaba una señal con el lápiz, tomó con la mano izquierda el fonóforo, adornado con una palmera:

—He tenido una interrupción; permíteme, ¿dónde estábamos, Stasia?

Una clara voz de muchacha respondió:

—... Subiendo desde el *Mare serenitatis* hacia el Este... «Hacia el Este» fueron las últimas palabras.

—Bien, Stasia, continúo.

Y, reclinándose cómodamente en el asiento, comenzó a dictar con voz que indicaba su seguridad de que las palabras eran rápidamente registradas:

—... Subiendo desde el *Mare serenitatis* hacia el Este, el viajero penetra en la región del Cáucaso. Sobre la llanura, y a

modo de promontorio, muy alejado de su vertiente occidental, se eleva el grupo de cráteres que Rutherford señaló en su mapa con el nombre de *Turres somniorum* y que Fortunio midió en el curso de su tercer viaje de exploración.

»Al contemplarlos, aumenta la impresión de vacío y solitario desierto. Ningún glaciar de Islandia, ninguna noche polar da tan poderosa idea de la muerte, de la lejanía de la vida, como estas torres en el espacio vacío y bajo la luz resallante. Hay en torno a ellas tal soledad que hace saltar los goznes del espíritu y aumenta de manera amenazante, como aumenta la sed del que camina en el desierto. Son numerosos los casos en que el pánico y luego la locura se han apoderado no de un explorador aislado, sino de caravanas enteras. Se está a tan enorme distancia de todo que el corazón se siente asaltado por el deseo de encontrarse con el último de los hombres, aunque sea un enemigo, o incluso con pulpos o monstruos marinos.

»Al mismo tiempo, va creciendo una segunda impresión, no menos extraña. Comienzan a surgir, a perfilarse, conjuntos y relaciones distintas de las que llamamos vida, al estilo de los planos arquitectónicos. Hechizan al espíritu con una tensión, con un asombro que sirve de contrapeso a la amenaza de la aniquilación, y que mueve en terrorífico equilibrio como entre Escila y Caribdis. Al vacío absoluto de una parte responde en la otra la proximidad de fuerzas para las que no están hechos los órganos humanos.

»Un asombro parecido se apoderaría de nosotros si pudiéramos contemplar al espíritu de la vida corporeizado (como poderoso portador del amor y de las enemistades). Plantas, animales y hombres se fundirían entonces en una figura más grande, como limaduras de hierro en un campo de fuerzas. Se unirían para formar el dibujo magnífico y aterrador del ornato de nuestro mundo. El extraño, el que no conociese el amor y el dolor, vería cómo los seres se ordenan magnéticamente en espléndidas cadenas, en el círculo de misterios poderosos.

»Pero aquí es distinto. Falta el arabesco de las pasiones, la extraña y al mismo tiempo familiar escritura rúnica del mundo animado. Surge, en toda su magnificencia, el mundo del espíritu. Con cegadora luz que los ojos no pueden soportar, abre un círculo de imágenes estrictas y solemnes, revelando planos que suelen ocultarse en las cámaras más secretas de los santuarios.

»El crecimiento intenta siempre suavizar, cubrir de flores todo cuanto en la vida está sujeto a una medida. En esta plenitud nos sentimos a gusto. Pero aquí surgen los órdenes. La luz es el único señor en este vacío escenario, pero se trata de una luz no desviada ni matizada por ningún medio. Los rayos marchan con una exactitud inexorable. A los colores les faltan las transiciones, los juegos sutiles, la penumbra de las profundidades del bosque y del mar, las combinaciones de la atmósfera. Alrededor solo hay desierto sin aroma ni sonido, sin cambios de clima.

»Sobre el oro de las dunas y de las aisladas lomas se adensan sombras azuladas. Rompientes y arrecifes brillan con fulgor cristalino. Sobre esta catarata de luz se extiende el cielo como una tienda de la seda más negra, más fina, infinitamente lisa, sin una sola arruga.

»Desde la orilla de este extinguido mar, las *Turres somniorum* alzan la amenaza de sus siete afilados picos, más parecidos a pilones u obeliscos que a volcanes. Sus esbeltos conos truncados, de un verde luminoso, alcanzan enorme altura. Las cumbres brillan cegadoramente como virginales coronas cuya vista despierta el recuerdo de campos nevados y cinturones glaciares.

»A la salida del sol, estas cumbres despiden delgadas lenguas, rojas como la sangre. A pesar de la duración del día, sus puntas avanzan con prodigiosa rapidez y el viajero se siente estremecido cuando le alcanza una de estas silenciosas alas. Se asemejan a las puntas de la aguja magnética o a las manecillas del reloj, por las que una conciencia insondable se mantiene bajo control. En este contacto barrunta el espíritu lo

que significan la medida y el orden en el universo. Comprende entonces que las líneas, los círculos y todas las figuras sencillas son abismos de sabiduría. Al mismo tiempo, pasa rozándole el ala de la aniquilación; siente cómo, bajo el poder inmenso de la luz, amenaza con romperse en pedazos todo su mecanismo.

»Las *Turres somniorum* se alzan frente a la cadena gris plateada del Cáucaso. Sus basamentos se elevan sobre colinas de oro bruñido. A medida que el viajero se va acercando, se hace más sublime el cuadro que se despliega a su mirada. Las cumbres irradian con fantasmagórica magnificencia. Poco a poco va apareciendo ante su vista el bosque de cristal que ornamenta su base, un alto cañaveral de minerales en los que se han congelado los colores de incendios hace largo tiempo extinguidos. Los gigantescos cristales tienen forma de lanzas y cuchillos, como espadas de colores grises o violetas, cuyos filos se han templado en el ardiente soplo del fuego de fraguas cósmicas.

»En su cúpula domina una gris y opalina luz crepuscular. En vano intentará el mortal, que avanza como tortuosa hormiga a través de este rosario de monolitos, reflexionar sobre su origen. Ninguna ciencia llega hasta aquí. Puede muy bien admitirse que han estado actuando elementos infinitamente superiores a todos los tipos de fuego por nosotros conocidos (ya hayan brotado desde las profundidades o se hayan precipitado desde el espacio cósmico). Una vez, en la más lejana de las estrellas, resplandecieron estas joyas cósmicas con séptuple fulgor, como esmeraldas en el confín de la creación, en constelaciones que jamás serán exploradas. Solo aquí se alcanza a comprender que las grandes cosmogonías y las leyendas de la creación son infinitamente más verdaderas que todas las quimeras de nuestros cerebros.

»La poesía es más penetrante que el conocimiento. Los espíritus infantiles saben contemplar mejor estas riquezas. Los buscadores de tesoros de esforzado espíritu se mantienen imperturbables allí donde el más sabio de los hombres se

siente presa del terror. Así, Fortunio contemplaba el bosque de cristal como guirnaldas de corolas, y las cumbres como combadas superficies de flores y frutos. Por esta imagen obtuvo la recompensa de maravillosos descubrimientos. Recurriremos, pues, a sus propias palabras para describir la ascensión a las torres de esmeraldas y el descenso a sus abismos:

“Monté mi campamento al pie del más meridional de los príncipes verdes. Al cabo de unas pocas excursiones exploratorias, descubrí que la ascensión era posible. La vertical caída de la pared de cristal estaba dividida en bandas y escalonada de una forma que recordaba las construcciones de los teocalis. Las leyes de la cristalografía habían actuado aquí con una extraordinaria regularidad. No era difícil ir subiendo por los escalones, estrechos pero nítidamente tallados, hacia los espacios en los que el cuerpo está tan mínimamente sometido a la ley de la gravedad que parece moverse a impulsos del pensamiento.

“Para poder alcanzar el cráter en el momento en que su interior estuviera iluminado por la plena luz, hice la ascensión cuando el sol estaba ya alto. A esta hora los colosos condensan sólidamente las sombras en sus flancos, sombras que, a medida que se acercan, derraman la oscuridad con todos los tonos de la sangre coagulada. También en las lejanas cumbres, en los grandes anillos de los cráteres y en las empinadas laderas se funden las sombras y se condensan en las cimas como oscuras orlas y delgadas hoces. Poco a poco, la luz se va apoderando de todo como única y soberana dominadora y las verdes torres asemejan las abolladuras de un escudo de plata que gana en amplitud y brillo a medida que progresa la ascensión.

“Cuando alcancé la cumbre, el sol se hallaba en su cenit. La luz era tan poderosa que destruía la forma y transformaba los contornos en un disco de la más brillante plata. A pesar de la defensa del casco, permanecer largo tiempo allí podría dañar la vista. Por eso, tras una breve mirada circular, me dirigí a la profundidad del cráter.

“La blanca corona ardía con fuego de esmeraldas, con nívea lava, tejida de burbujas como espuma de perlas. Aquí sin duda alcanzó una vez la incandescencia su grado supremo, su máximo centelleo. Los pies hallaban seguro apoyo en el nunca hollado suelo. Solo era necesaria la precaución en los lugares del interior del cráter que se fundían de nuevo en la roca de esmeralda. Brillaban aquí, al principio como la espuma de la resaca, luego cada vez más escasas, las perlas en el cristal.

“El cráter estaba tallado en forma de verde cáliz, cubierto de gotas de rocío. Bandas en espiral llevaban hasta el abismo, que fulgía en la profundidad como un ojo multicolor. Me aventuré a descender por los bordes hasta el verde pozo. Pronto me hallé en el interior del cristal, transparente ahora bajo la fuerte luz que lo cruzaba. Vi entonces que su masa no se componía enteramente de esmeralda. Había algunas incrustaciones: a veces, velos de diversos colores enturbiaban su claridad, o bien cintas de polvo opalino cruzaban su masa. Había también insertos núcleos de pedrería de todas las formas, tamaños y colores que se encuentran en el reino de los cereales o en los frutos de campos y jardines. Aquí afloraban a la superficie como las joyas de las coronas regias o como las incrustaciones de los relicarios; allá estaban enquistadas en la profundidad de la masa primigenia, esparciendo un débil resplandor.

“Su visión despertó en mí los recuerdos de la infancia. Pensaba en los jardines de la Gran Marina, con sus uvas y sus frutas, en las colas de los pavos reales agitándose como un oleaje en las escaleras de mármol. En las terrazas, palomas de patas de coral y cuellos de bronce picoteaban los granos de trigo.

“Me invadió el gozo, como al exultante amante que entra en el dormitorio de la amada; me sentí inundado por el sentimiento de la quietud y la segura posesión. El descenso por la escalera interior de caracol proporcionaba el mismo placer que cuando se hace girar a voluntad un caleidoscopio,

cuyas cambiantes combinaciones se hacen cada vez más compactas. Mi objetivo (el fondo del ojo) brillaba con creciente despliegue de magnificencia. Resplandecía como las aterciopeladas pieles de las serpientes, como la indecisa luz de perlas que adorna las maravillas del mar en los jardines de coral. Un velo de purísimo centelleo lo rodeaba y lo devolvía reflejado en la sombra del verde crepúsculo. Bajo este resplandor se desnuda la diosa del amor antes del abrazo, entra Iris en la gran sala de los dioses.

“Comprendí que había llegado hasta uno de los tesoros cósmicos, una de las cuevas de fantásticas joyas del universo. Ya en mis viajes anteriores había avanzado algunas veces hasta el borde de las altas montañas y había descendido hasta las simas de los heleros, hasta los talleres en que, en las edades glaciales, se fundieron las rocas primitivas. En sus calderas, la leche del helero había removido las piedras, las había afilado y pulimentado bajo las muelas de molino de los milenios. Pero ahora los torbellinos se habían secado y el fondo estaba cubierto por los cantos rodados desprendidos del movimiento circular.

“En estos lugares, nuestros sentidos evocan siempre la presencia del ausente, del mismo modo que en un taller abandonado es donde más cerca está de nosotros la figura del maestro. El ala del pájaro suscita la idea del aire; la llave, la imagen de la cerradura. Y así, en aquellas simas de heleros, lo que dominaba con su mágico poder de conjuro era el espíritu del agua, la ondulación y el remolino de los torrentes evaporados mucho tiempo atrás. Las grandes fuerzas dejan tras de sí estos lugares como señal de que son invencibles.

“Pero aquí, en el seno de las verdes torres, se abrían ante mis deslumbrados sentidos simas y heleros de piedras preciosas. ¿Qué fuerzas habían entrado en juego para desprender las joyas de su materno seno de esmeraldas y amontonarlas en el abismo, hasta formar un tesoro superior a todos los tesoros de las Indias? Sea como fuere, enteras edades estelares tuvieron que contribuir a la formación de estas minas.

“Tendido cuan largo era, tocando y palpando con ambas manos la masa del tesoro, sentía hasta el fondo de mi ser la embriaguez de la pedrería. Así deben de embriagarse las abejas, los moscardones, las mariposas, en los mundos donde las flores son estrellas. Veía, sentía, palpaba la tersura, la irradiación de las maravillosas piedras, que eran como los ojos de los fabulosos seres que viven del resplandor del arco iris. Aquí fulgían todas las excelsas luces para las que ejércitos de esclavos horadan la azulada tierra, pasan por el tamiz el polvo de los desiertos y criban la movediza arena de los torrentes, pero eran mayores y más puras que las que saca a cielo abierto o en el fondo de la mina el pico del minero, o las que brillan en el agua del cedazo del buscador de diamantes. A las conocidas se añadían las desconocidas. No las produjo ningún Ofir, ninguna Golconda. En el verde polvo de esmeralda se incrustaban granos de múltiples colores y en torno a estos se agrupaban a su vez policromos guijarros de fuego de mil sutiles y pulidos matices. Formaban la base para los solitarios, la centelleante montura para el tesoro. Los huevos de dragones, de grifos y seres neptunianos coronados de espuma están rodeados de un fuego que relumbra más profundamente que cuanto es capaz de hacer el día y su luz.

“Sopesaba con ambas manos la piedra de la luna, rodeada de un lechoso resplandor, como el huevo de Leda. ¿Quién podría decir si su llama era más hermosa que la del exquisito verde y nuboso gris del jade o la del ópalo iridiscente? Mi mente volvió a las piedras rúnicas: a las finas ramificaciones que surcan como venas el cielo azul de la turquesa, a los velos de purpúreas chispas del heliotropo, a la imagen del árbol de la vida de las musgosas ágatas, a los haces de picas del cristal de roca. Pero sobre estos juegos de colores prevalecían las grandes luces rojas, azules y blancas, como las que ornaban la segunda fila del pectoral de Aarón. Ninguna conciencia puede resistir el negro fulgor que surge del seno del carbunco. En el zafiro sacro se abre el mismo cielo. El diamante nos da el supremo secreto de la luz, ya

que junto a la claridad perfecta encierra en sí la suma de los colores.

“Frente a estos espejos del universo, el espíritu se hunde en profundos sueños. La belleza se le aparece como distinta de la revestida de carne, de la que se da en la plenitud de la vida; se acerca envuelta en luminosos rayos. Brilla en el fulgor del libro de la Revelación y de su ciudad eterna, una vez que hemos cruzado los desiertos.

“En aquellas simas de heleros se había instalado el espíritu de las aguas como maestro del abandonado taller. Pero aquí, en esta lejanía cósmica de la torre de esmeraldas y del Graal, hacía su entrada el espíritu del macrocosmos. Los rojos colores de la aurora y el crepúsculo resplandecían en el juego de los bancos de nubes y de nimbos, en los ortos y ocasos sobre las olas de mares nunca navegados y en el esplendor de sus islas. En la sombra azul y verde se difuminaban las grutas en cuyas pilas de mármol sueña Aretusa.

“¿Qué son el corazón, el cerebro y los ojos del hombre? Un poco de tierra, un poco de polvo. Y, sin embargo, este humus ha sido elegido para arena del universo. Del mismo modo, de la humilde tierra y un poco de arcilla, las piedras preciosas se elevan al gran resplandor. En este misterio se apoya su valor, que las destina al ornato de reyes y pontífices, al adorno de las hermosas mujeres, preciosos seres salidos del seno de la madre tierra.”

»Hasta aquí Fortunio. Pero regresemos ahora a las oscuras colinas, de las que han surgido las verdes torres. Nos esperan aquí cosas que, aunque menos polícromas, son aun más maravillosas.

Con esta frase, el consejero de minas cerró su rojo cuaderno de notas, colocó el lápiz en su lugar y añadió:

—Por ahora lo dejaremos aquí, Stasia. Ya tienen fonograma los tres primeros capítulos; esta noche leeré en mi albergue la copia en limpio. Por la tarde estaré en la ciudad... No, gracias, no es necesario. Pero póngame una botella de *parempuyre* en la chimenea. Hasta la noche, Stasia.